



EL SAINETE.

PERIODICO IMPOLITICO.

LA FEA.

Mas valor se necesita, bellas lectoras, para escribir sobre el asunto que sirve de epigrafe á este articulejo, que para ponerse al frente de un reducto erizado de cañones.

Poque la materia es espinosa á fé mia; se trata nada menos que de una parte considerable del sexo... (ibamos á decir bello, pero sería un contrasentido) débil y de la parte militante, por decirlo así, puesto que ellas son las que nos hacen la guerra, ellas las que predicán incesantemente contra nosotros, ellas las autoras de todas las heregias que sobre el amor y la fidelidad de los hombres se dicen y se escriben.

Por eso se necesita valor para escribir sobre ellas, y la razon es clara, si solamente por su fealdad y sin delito alguno por nuestra parte, nos hacen sufrir tantos disgustos ¿qué no harán con el autor del presente bosquejo, si llega el caso (Dios no lo quiera) de que se encuentre bajo la férula de alguna furia con enaguas? Pero basta de exordio, pecho al agua, y entremos en materia.

Hija desheredada de la naturaleza, la fea pertenece á la gran familia de las mujeres, de la que es una especie que se diferencia notablemente de las otras en la cara. Puede ser

alta ó baja, gorda ó flaca, vieja ó jóven, lo que VV. quieran con tal que no sea bonita.

Desde muy pequeña empieza á sufrir las consecuencias de una falta en la que no tiene la menor parte. Sus amigas y compañeras de colegio la motejan incesantemente, ágrian su carácter con apodos y dieterios; y como la mujer es una breva que unos maduran y otros se la comen, ellas la hacen áspera, ingrata al paladar, y nosotros, que la tragamos en sociedad, sufrimos la aspereza y la ingratitud de esta fruta.

No vayan por esto á creer nuestras lectoras que nosotros comemos mujeres, no somos antropófagos y mucho menos de feas; y si hemos hablado de brevas y las hemos comparado con las mujeres, ha sido tan solo por el deseo de ver en letras de molde el antedicho pensamiento de un amigo nuestro que sabe mas que Merlin.

Volviendo á nuestro asunto, la fea (y cuidado que esta fruta es por desgracia muy abundante) es el mentís mas solemne que puede darse á los partidarios de la igualdad. Apesar de todas sus peroratas ¿cuándo tendrán las mismas consideraciones en sociedad, esos engendros monstruosos de cútis aceitunado, ojos vizeos y facciones que guardan tanta armonía como perros y gatos, como esas hechiceras morenas, esas encantadoras rubias ó esas provocativas pelinegras, que

al apoyarse en nuestro pecho á los armoniosos ecos de una polka íntima nos producen ese estremecimiento convulsivo del deseo? ¿Cómo evitaréis que al entrar en una sala una de esas mujeres que, como diría un novelista moderno, tienen la conciencia de su valer, se vayan tras ella la mitad mas uno (mayoría absoluta) de los concurrentes? Y mientras eso suceda ¿cómo tendréis valor para decir á una de las que al entrar la otra se ha quedado con la palabra en la boca, porque el caballero con quien hablaba ha ido á rendir homenaje á la recién llegada, que ella es igual á la que la eclipsa...? Os contestaría con una risita y un mohín de incredulidad, y ya sabéis que la risita de las mujeres es en muchos casos la declaración de una guerra sin tregua ni cuartel.

Esta especie de mujeres se divide en dos clases principales, ricas y pobres. Algunos quieren dividir las en viejas y jóvenes, pero no creemos prudente embrollarnos en subdivisiones. Ya hemos dicho antes que la fea puede ser vieja ó joven y no por tener diez ó doce años mas ó menos, aumenta ó disminuye su importancia. La verdadera division, la diferencia palpable que distingue á las feas entre sí, es tener ó no dinero.

La fea rica es ese mascarón que, recostado en el muelle fondo de su blasonada carretela, dirige á los hombres miradas que ella llama irresistibles, sin duda porque el que se encuentra con una no vuelve jamás á esponerse á otra; la que cuando asiste á reuniones lleva los colorines mas chocantes, los prendidos mas estrafalarios, la que no falta al estreno de toda produccion dramática. Murmurando, criticando y deseando con el alma y la vida encontrar un marido, por mas que diga lo contrario, acaba por hallar alguno que se casa como quien realiza un contrato ventajoso. Entonces se lanza al gran mundo, si es que antes no lo habia hecho, y gracias á lo bien provisto de su *buffet* no faltan unos cuantos gaceti-lleros que estanpan en su periódico esta heregia ú otra semejante.—«Anoche tuvimos el placer de asistir al brillante sarao de la hechicera y elegante señora de... cuanto digamos es poco para dar una idea del buen tono que reinó en la reunion de esta simpática señora.»

Con esto y con una modista de fama que se valga de su cuerpo como de un maniquí para ensayar todos los caprichos de su fantasia, héla arreglada por completo. Es una mujer á la moda y sus hijos, cuya educacion no la permiten sus ocupaciones dirigir, serán con el tiempo unos retratos de su madre.

La pobre, es el reverso de la medalla. No tiene trajes de lujo, ni brillantes, ni carruaje blasonado, y vegeta sufriendo mil desaires de todos los que frecuentan su trato. Se la pasan meses sin tener un alma que la dirija una de esas necesidades que en el trato social se llaman galanterías. A falta de belleza presume de talento, lee los periódicos y los clásicos y habla de política y de literatura. Si algun inepto llevado de su caridad tiene la despreocupacion de llamarla bonita, le ha caído la lotería. Desgraciado de él si baila con otra, si mira á las mujeres en paseo, si saluda con algunas muestras de afecto á alguna. La fea le pedirá cuentas, le echará en cara su ingratitud y le hablará de corazones destrozados y de ilusiones marchitas, de una manera horripilante. Mencionarán los disgustos y si por su mal tiene la franqueza de confesar que nunca ha pensado en amarla, le declarará la guerra, le pondrá en ridículo y dedicará todos sus esfuerzos á quitarle la opinion.

A los veinticinco años, entra en la categoría de *solterona*. Todos y todas sabéis que la solterona es en Europa lo que la serpiente de cascabel en América. Relataros sus mañas sería el cuento de nunca acabar; además de una tarea inútil, por que ¿quién de vosotros ó de vosotras no habrá sufrido algun pesar á consecuencia de los manejos de una solterona? El amor es como el jugo de la caña de azúcar, dulce cuando fresco pero ingratisimo cuando se ágría con el trascurso del tiempo. Ahora bien; la solterona es una caña de azúcar, á quien se le ha avinagrado el jugo.

Si pasa de los treinta y cinco, entra en la categoría de *ánima del purgatorio*, se dedica á cuidar perros y tiestos, á visitar las cuarenta horas, no por devocion sino por gusto de callejear y es la Gaceta extraordinaria del barrio donde vive.

RAMON ALVAREZ.

NOTA. El autor de estos renglones está pronto á casarse con una fea, siempre que no tenga los defectos que son comunes á las de su clase. Si alguna se encontráre en este caso, puede escribir á esta redaccion.

EL PRETENDIENTE DE AHORA.

Necesario es haber visto, y aun palpado á veces, ciertos y determinados seres, que se presentan con harta frecuencia en nuestro pícaro mundo, para convencerse de su existencia real. Cuáles sean ellos no es mi propósito decirlo, ya porque no me dedico á escribir diccionarios de costumbres, ya porque no me sobra lo que se suele llamar conocimiento práctico del mundo; quédese esta tarea para el filósofo que, con mas años que yo sobre sus costillas, investiga tranquilo y concienzudo el origen y consecuencias de tales y cuales doctrinas; yo por mi parte se la entrego completamente como terreno vedado cuya prohibicion me impongo á mí mismo.

Mas no infirais por esto, amables lectores, que abandono á sus propias fuerzas alguno que el destino ó la casualidad me ponen entre las manos; todo lo contrario; ellos son mi salvacion, ó como diría un escritor romántico de nuevo cuño: la tabla que en medio de el huracan salva la vida al naufrago afortunado; y como prueba de lo dicho os referiré lo que con uno, si no de los mas notables, tampoco digno de desprecio, me sucedió, dejando á vuestro juicio las consecuencias que de ello se puedan sacar.

Hará cosa de seis ó siete meses, en uno de los calurosos dias del verano, entreteníame yo escribiendo tal cual parrafito, sobre tal cual asunto, que no es del caso enumerar, cuando un portazo de marca mayor me hizo levantar la pluma derramando esta sobre el papel una negra lágrima, triste final de casi todas mis ilusiones.

Admirado del modo asaz atento con que el reciénvenido se anunciaba, pregunté quién era.

—Yo, contestó á mi pregunta una voz, que no podré definir, y que salía, á lo que despues ví, de un cuerpo pequeño y no mal formado, cuyo trage me anunció su procedencia.

—¿Cómo te vá, querido Jorge? exclamé, y me dirigí á él para darle un abrazo.

—Bien! hombre, bien! me contestó, correspondiendo con creces á mi señalada muestra de cariño, que, sea dicho de paso, hay hombres que no pueden querer sin estrujar y sobar al prójimo que por su banda cae.

—¿Cómo te vemos por la corte? le dije, tú, tan aficionado á la vida campestre?

—Te diré, yo...

—Vienes á dar un paseito, eh?

—Un paseito precisamente... no.

—¿Pues entonces?

—Escucha: tengo una carta de un paisano mio en que me recomienda á otro paisano, este me recomendará á un diputado amigo

suyo, el diputado, que tiene íntimas relaciones con el hermano del ministro, lo hará á su vez, y el hermano del ministro... ¡eh! ya tú me entiendes.

—¡Que si te entiendo! ¡ya! ¡ya! es decir, ¿que vienes á pretender?

—Eso es.

—¿Tú querrás un destino de seis ú ocho mil reales?

—Precisamente, un destino de ocho ó diez mil reales.

—¡Ola! y á qué clase de ocupacion te inclinas mas, le repliqué con el tono mas serio que me fué posible usar.

—Cualquiera, chico, cualquiera.

—Pero, seguramente, tú tendrás algunos conocimientos que se acomodarán mas á unas que á otras?

—¡Qué! mis conocimientos son generales, para todo sirven.

—Este hombre se ha vuelto loco, dige para mí. ¿Cuáles, pues, son tus conocimientos? le repliqué.

—Oh! yo aprendí á leer en casa de aquel dómine... te acuerdas?

—Sí.

—En cuanto á escribir... vaya! me falta un poco de ortografía, pero con la práctica...

—Ya! la práctica es una gran maestra! pero dime, no sabes nada mas?

—Toma! que si sé! he aprendido de memoria los nombres de una infinidad de sabios...

—Con eso basta para serlo!

—Puedo decir en cualquier parte: Guizot es un gran ministro, Meternich un hábil diplomático, Dumas un...

—Santo Dios, qué sabiduría!

—Te admiras eh? pues ahora verás; suponte que se habla de política, al principio me callo, pero cuando los contrincantes llegan á ese punto en que ninguno sabe lo que dice, tomo yo la palabra y venga ó no venga á cuento esclamo: señores, esa opinion sostuvo Vico, ú otro cualquiera, pero sus razones no tienen fundamento; en época posterior, Becaria, Filangieri, Condillac, Say, Smith, Newton, Kraus, Liebing, Bufon, Cuvier, Berzelius, etc., han probado lo contrario, y aunque Loke, Destu-Traci, Tico-Brae, Copérnico, Descartes, Hugo, Diderot, etc., sostienen la primera, quedan vencidos con los argumentos admirables de sus contrarios: he dicho.

—Bravísimo! señor D. Jorge, bravísimo! y cuánto tiempo pienzas detenerte en Madrid?

—Un mes, y me parece demasiado.

—Un mes solo? y en un mes piensas hacer todas esas diligencias? cómo se conoce que no vives en Madrid! en fin, ello dirá.

—Mañana me acompañarás á ver á mi paisano...

—Yo? esclamé.

—Sí señor, para eso eres mi amigo, me replicó calándose el sombrero hasta los ojos.

—Bueno, iré, pero...

—No tiene remedio; hasta mañana. Adios.

—Adios.

—Vendré á buscarte en coche! me entiendes? en coche!

—Cómo se conoce que no lo has tenido en tu vida, dige para mis adentros, convengamos en que son una ganga las amistades de esta especie.

Alejóse por fin aquel mónstruo cuya imagen no pude borrar en todo el día; ni aun en la mayor parte de la noche; pero no debían parar aquí mis desventuras: á la mañana siguiente, cuando aun en brazos de Morfeo disputaba yo la dulce paz del que con la conciencia tranquila se entrega á él, ó lo que es mas claro aunque menos poético, cuando aun dormía á pierna suelta, despertóme sobresaltado otro portazo, primo hermano del de el día anterior, resonando á par de él la voz de mi amigo que me preguntaba si se habia hecho esperar.

Entre dormido y despierto, sin poder darme cuenta de lo que me pasaba, le pregunté con ese tono propio del que á la fuerza tiene que tragarse una mala obra, qué hora traía.

—Las seis, me contestó.

—Y á dónde quieres que vayamos, hombre de Dios?

—A dónde? á ver á mi paisano.

—Estás en tu juicio?

—Cómo que si estoy! en mi pueblo todo el mundo se levanta al rayar el alba.

—Ya! pero tambien se acuestan al ponerse el sol, ademas, Madrid no es tu pueblo.

—Ni yo quiero que lo sea.

—Me alegro infinito; déjame vestir, almorzarás conmigo y á las doce saldremos.

—A las doce no puede ser, á esa hora como.

—Pues á la una...

—Tampoco, tengo que dormir la siesta.

—En ese caso no iremos.

—Sí iremos, aunque tenga que comer mas tarde y suprimir la siesta por hoy.

—Así me gusta, señor D. Jorge.

—Sentóse á la cabecera de mi cama mientras yo me vestía con estudiada pesadez, dando salida por aquella boca á la crítica mas severa, si así puede llamarse, de las distancias, calles, edificios y todo cuanto hasta la fecha habia visto en Madrid.

Concluida mi toilette, despues de una hora larga, le propuse si queria que almorzásemos, respondiome que sí y hétenos sentados á la mesa, uno enfrente del otro. Todo le chocaba á mi amigo y lo peor era que no podia contenerse.

—Para qué tanto plato! esclamaba al ver que el criado quitaba unos y ponía otros; en mi pueblo con uno solo hay sobrado; eso sí, muy abundante! mucho! aquí no saben comer mas que bagatelas.

—Tienes razon, le respondia yo, aquí no se come; con esto y otros dichos semejantes, que no refiero á mis lectores por no ser pesado, sazónó mi amigo su descomunal almuerzo.

Quando acabamos aun no eran las nueve, díjele si queria que fuésemos á dar un paseo antes de la visita y convino en ello; llevónos el cochero por la Fuente Castellana, Chambery, etc., admirándose mi compañero de cuanta trivialidad veía ó criticando lo que realmente merecia alabanza y cuyo mérito no llegaba á descubrir su humilde inteligencia. Recorrimos veinte veces los mismos sitios, cuando sonó por fin la hora deseada.

—Las doce, le dige, vamos á casa de tu paisano; dí la orden al cochero y volvimos á entrar en la coronada villa; escusado me parece decir que el sugeto á quien buscábamos no estaba en casa, ó que, por lo menos, no queria recibirnos; que al día siguiente acompañé tambien á mi amigo y nos sucedió otro tanto. Pasóse el mes entero en idas y venidas, sin que el pobre hombre pudiese conseguir nada, pero por desgracia no era esto bastante para desengañarle; continuó firme en su propósito de pretendiente, rabió y pateó cuanto era posible y hoy, al cabo de siete meses, sin haber visto mas que de refilon algunas cosas notables de la corte, se vuelve á su pueblo, con infinitas esperanzas de destino, es verdad, pero tambien con positiva carencia de recursos y sobrados deseos de figurar en la corte.

Lo que de esto se infiere no es difícil adivinarlo; á mi juicio dos son las consecuencias mas culminantes, creo que mis lectores las encontrarán sin que yo necesite decirlo.

J. B. RAMON.

EL ESCLAVO.

A MI AMIGO D. M. F. VILLABRILLE.

Es una noche serena;
En el azul firmamento
Las estrellas brilladoras
Dan sus débiles reflejos;
Todo reposa tranquilo;

Todo yace en el silencio;
Solo el rumor de las aguas
Que se agitan á lo lejos,
Como el último suspiro
De un alma que sube al cielo,
Se escucha en la estensa playa
Del abrasado desierto.

De una flotante barquilla
Sale una voz y su eco
Con el son de un bandolin
A las arenas trae el viento.

Un triste canto se escucha
De amor y ternura lleno:
Ayes son que el alma dá
De lo profundo del pecho.

—«Esclavo lloro,

»Bella sultana,

»Rosa temprana

»De Jericó;

»Preso en cadenas

»De hierro y flores,

»Por tus amores

»Padezco yo.

»¿Por qué tus ojos

»Me enamoraron?

»¿Por qué forjaron

»Mi pena así?

»¿Por qué desprecias

»Mi amor ardiente?

»¿Por qué no siente

»¿Tu pecho, di?

»¿Por qué no enjugas

»Mi triste llanto?

»Te adoro tanto!...

»Tuya es mi fé!

»Soy un esclavo,

»Tal es mi suerte:

»Por merecerte

»Libre seré!

»¡Ay, desdichado!

»Ay, sin ventura!

»Triste locura

»Fué mi pasión!

»Nací en cadenas

»Sin alvedrío,

»Y ni aun es mío

»Mi corazón!»

Cesó la voz, y las aguas
Repitieron á lo lejos
Los últimos tristes sonos
Del armonioso instrumento.

Y la brisa de la noche
Llega á la playa trayendo
Un suspiro del esclavo,
Que se aleja dando al viento
Sus quejas y sus pesares
Y sus llantos lastimeros:
Y con monótono son
Las olas van repitiendo:

«Nací en cadenas

»Sin alvedrío,

»Y ni aun es mío

»Mi corazón!»

ABEN-GARNATA.

EL QUE NO LLORA... NO MAMA.

¿Mi petición te molesta?

No haya queja, la retiro,

Pues ya en tu semblante miro

Que vas á estender protesta.

¡Dios sabe lo que me cuesta!

Que quien espera y quien ama,

Un año ruega á su dama

Si ha de conseguir un día,

Que en este mundo, alma mía,

El que no llora, no mama.

SELM.

Se nos ha remitido para su publicación en **EL SAINETE** el siguiente artículo, que insertamos con gusto, á pesar de tener preparado el de nuestro amigo y colaborador D. Ramon Alvarez, porque nos proponemos contestar al S. D. D. Ll. en el número inmediato.

JUSTO DEL BARRIO.

LAS FEAS.

Así como la antiquísima é imperial Toledo, es la *pátria* del afamado mazapán, Vitoria de las ricas conservas, y Aragón de los exquisitos y aguanosos melocotones, Madrid lo es también de las feas; y puesto que hablo en tésis general y no me particularizo, por lo tanto, con nadie, espero me dispensarán aquellas y les estaré por ello muy agradecido.

En ninguna otra parte del reino se ven mas feas y de fealdad mas subida, que en la coronada villa y corte de las Españas. En ningún otro punto, repito, que en la villa del oso y el madroño se encuentran chicas mas feas. Pero á mí, pobre articulista, me agradan todas y á todas hallo un encanto digno de admirar. Me gustan las bonitas, me hacen *tilín* las regulares, y no me espantan las feas; y ya que se ha hablado y escrito mucho sobre las primeras, voy á hacerlo yo de las últimas y á empezar por decirte, lector mío, las feas que, sin embargo de serlo, me gustan y no así como se quiera, sino en grado eminente y superlativo.

Me llegan al corazón esas morenas de negros, rasgados y centelleantes ojos, que mas que ojos parecen saetas punzantes envenenadas, que hieren con su punta de acero en lo mas recóndito del alma. Y esto siendo feas, que si fueran bonitas!.. Conozco una de esta especie que me trae á mal traer; una, repito, que por merecer una tierna y cariñosa mirada de sus hermosos ojos me dejaria, sin pesar, arrancar los míos, viviendo ciego, con tal de que á cada instante me dijera y repitiese: «Te amo», «te adoro», «solo vivo por tí.» Pero vamos adelante, porque no quiero acordarme mas, puesto que es sin fruto, de la tierna beldad, á quien, como arriba dejo dicho, quiero con toda mi alma.

Me gustan ademas de las morenas, las rubias que, aunque sus ojos no sean azules (cuyo color me gusta mucho) que, aunque su tez no sea de las mas finas, su garganta no

tenga la mas pura morbidez y redondez apetecibles, sus manos no sean de las blancas, sus pies no sean pies, sino *pieses*, tengan alma, hablen por los codos y hombros si es preciso, tengan fibra, que ámen con frenesí, con delirio, con entusiasmo, pero á nadie mas que á uno... á mí, por ejemplo. Estas, lector *carísimo*, que te he manifestado gustarme, son feas, feas en gran manera, con que considera si las bonitas no me agradarian. Si no te quieres convencer de que en Madrid abundan las feas, escaseando mucho las bonitas, vele al teatro, armado de buenos anteojos. (*Duchèsses à 12 verres.*) Con su ayuda tiende la vista por las butacas, palcos y demas localidades, aun las *secundarias*; y con tal que entre veinte chicas á que pases revista, no halles á 18 feas, feisimas, me dejo cortar no una, sino ambas orejas. Allí de fijo (en el Real) en primer término á Julia, recostada indolente y perezosamente (aire de importancia) en su butaca. Pero ántes de pasar adelante déjame decirte quién es esta Julia. Bajita, delgada, ojos negros, boca pequeña y nariz griega, hé aquí, lector mío, su retrato físico, pues en lo moral no me meto, que predispone al parecer, mucho, é influye favorablemente en la persona, ó hácia la persona. Pero si te dijera que de sus ojos mana, casi de continuo, cierta agüilla que en nada es agradable á los de los demas, exclamarias y con razon.—¡Qué fea es! si yo añadiera que, aunque su boca es pequeña, lo que generalmente gusta, cuando la abre, (á Dios mi dinero, desapareció la ilusion si es que todavía os restaba alguna, despues de lo de los ojos), avanzan sus dientes que son podridos, pequeños y de la estructura y forma de los conejos, haciendo este panorama tan mal efecto que cuando con ella se habla, vuelvo uno la cabeza por no ver mas aquellos cartilagos huesosos, nada agradables, por cierto. Y si ántes no lo hubieses hecho ya, ¿no dirias ahora—¡Ay qué fea, cuán fea es!!

Diriges despues los ojos á los palcos. ¡Cuánta fea, válgame Dios, cuánta fea, no cesais de exclamar! Allí veis á Círmén, á Pepita, á Carlota. ¡Qué feas todas, qué horribles! Esto es en el teatro. Vais al Prado, al Retiro, y lo mismo sucede. «A los piés de V. Luisa,» dice un amigo mío. «¿Quién es esa? le pregunto. «Es una que conocí en Deva el verano pasado.» Bien fea es. «Si, ciertamente,» me contesta mi amigo. «Saludo á V. Isabel.» «¡Qué fea es, chico!» «¡Qué fea!» Adios Enriqueta. «Gracias á Dios que dimos con una bonita.» Es la única que en toda la tarde he visto, dice mi amigo, pues hay una coleccion de feas que tiran á las tapias.

Vais al café, y si es, á uno de los que mas favorecidos se ven por señoras, vereis allí por cada diez niñas, siete ú ocho feas, feisimas.

Quéde, pues, sentado, amable lector, que Madrid es en donde mas feas hay, pero que, aunque lo sean, siempre las encuentra alguna gracia, y le gustan mucho con miríñaque ó sin él á tu apasionado S. S.

D. LI.

FABULAS, CUENTOS Y REFLEXIONES MORALES.

Por no gastar aceite, no tenia mas que un solo candil Pedro García. Una noche ocurrióle al cicatero buscar no sé qué cosa en el granero, y tomando la luz, dejó en la casa á oscuras á su esposa Nicolasa.

Entró el compadre, tropezó con ella y armaron tal querella, que al escuchar el ruido á pasos largos acudió el marido: reprendió á su mujer con ceño adusto, mas ella, reponiéndose del susto, «no estrañes, replicó, que á cada instante »ocurra un incidente semejante, »si siempre te conduces »como marido de tan pocas luces.»

Un cachorro en las calles perdido con doliente y sonoro ladrido, una plácida noche de luna lamentaba su triste fortuna. Levantóse un vecino impaciente al ladrido sonoro y doliente, y le dió tal porrazo en el morro que tendió moribundo al cachorro.

No imiteis la torpeza perruna del que quiso ladrar á la luna.

Tocaba Periquillo la vihuela, y no habia casada ni mozuela que á bailar no empezara de contado al escuchar el son y el punteado. Decian con frecuencia las muy locas. «Vamos, vamos Perico. ¿No nos tocas? Y se estaba Perico, hecho unas gachas, horas muertas tocando á las muchachas.

Pedro y Anton movieron gran querella (aunque ninguno sabe quién fué ella) y Anton dió á Pedro un golpe furibundo que mandó á su contrario al otro mundo. Pasmado de su misma fechoria, echó Anton á correr cuanto podia, y quiso al fin apresurarse tanto que se rompió la crisna contra un canto. Claramente, oh lector, de aquí se infiere que aquel que á hierro mata á hierro muere.

Iba un travieso chico montado en un borrico; tropezó el animal, y el rapazuelo vino á dar de cabeza contra el suelo, y diz que en la mollera se levantó un chichon, como una pera. Pero tal desarrollo ocasionó el porrazo en su meollo, que produjo su ingenio maravillas y fraile llegó á ser de campanillas.

Nadie puede saber qué le convenga, no hay mal alguno, que por bien no venga.

Murió José Carranza: su amigo Juan Cencerro, con una luz en mano, dispuso acompañarle al cementerio. Pero faltaron cirios, (que estaba escaso el género),

y para mas honrarle
un gran farol en su lugar le dieron.

Al verle tan luciente
tomóle Juan contento,
pero salió á la calle
y dió tal resbalon, que lo hizo tiestos.

«En hora mala, dijo
metíme á farolero.»
lector, recuerda el lance
cuando no te den vela en un entierro.

VILLADIEGO.

Yo sé que un pajarraco de uñas largas
visitó á la mujer de Pedro Vargas.
Mas si fué la visita larga ó corta
averíguelo Vargas, que á él le importa.

Mi vecino D. Hilario,
hombre de suma cachaza,
le encontré al volver de caza
y á comer me convidó.
Sus deleites son la pesca
y quiso comiera trucha,
mas su mujer, que es muy ducha,
con gazapo me brindó.

Una niña de bella presumia
tanto ya, que rayaba en tontería,
y ehando los estrechos llevó un susto
porque tocóle en suerte con un busto.
Ya véis, lector, como la linda oveja
hallóse sin querer con su pareja.

Andaba mi vecina
con tanta calma,
que al volver una esquina
se rompió el alma.
Está ya visto,
debe andarse en el mundo
siempre muy listo.

De una mesa tan alta
cayó José Peralta,
que, si mi amigo no lo coge al vuelo,
de seguro se estrella contra el suelo.
¡Qué bien dijo, á mi ver, Santa Teresa!
«Evitad los escesos de la mesa.»

REVISTA DRAMATICA.

Decíamos en nuestra última revista, que se estaba traduciendo á toda prisa el famoso drama de Alejandro Dumas (hijo) *El hijo natural*. Decíamos tambien, y nos ratificamos en ello, que conceptuábamos infundadas las grandes esperanzas que acerca del éxito de este drama en Madrid se abrigaban por muchas personas.

Esto no obstante, las esperanzas deben ir muy en aumento toda vez que el teatro de Novedades anuncia que se vá á poner en escena, y el Sr. Olona lo está traduciendo para el Circo de la Plaza del Rey; y si hemos de creer lo que dice *La Iberia*, seis adalides de la numerosa falange de traductores han apadrinado al *Hijo natural*.

Ya se vé, los periódicos han publicado la noticia de que las 23

primeras representaciones han producido la friolera de 97,456 francos, y á los aficionados se les han puesto largos los dientes.

Tambien ha anunciado el teatro de Novedades el drama *Baltasar*, como próximo á ponerse en escena. Larga fué la cena de este Rey, pero no le vá en zaga la temporada que llevamos esperando verle. Celebraremos, ya que todo es largo, que duren mucho tiempo sus representaciones.

En este mismo coliseo se ha representado muy bien el drama *Los Amantes de Teruel*. El público aplaudió mucho esta perla de nuestra literatura, é hizo salir visiblemente conmovido al palco escénico al Sr. Hartzembusch.

En el Circo se ha puesto en escena al mismo tiempo *El Avaro*, cuyo protagonista ha desempeñado el Sr. Arjona con la propiedad que sabe hacerlo, arrancando entusiastas aplausos.

Al ver esta representacion despues de *Los Amantes de Teruel*, que Valero habia ejecutado noches antes, como dejamos dicho, nos ocurrió naturalmente comparar á estas dos eminencias de nuestra escena.

Arjona es el actor por excelencia. Ejecuta sus papeles con estremada propiedad, con una sujecion rigurosa á la ley de la verosimilitud, pero sin salir nunca de los límites de la ficcion. Para él la propiedad y la exactitud lo son todo, y su máxima favorita parece ser aquel magnífico pensamiento de *Adriana*. «El actor no debe sentir la pasion, debe fingir que la siente.»

Valero y con él Romea, son actores de pasion y de sentimiento, se poseen del papel que ejecutan, se ponen, por decirlo así, en lugar del personaje á quien representan y se llegan á figurar que los sucesos que pasan, les pasan realmente.

Por eso Romea está sublime en *Sullivan*, Valero admirable en *Los Amantes de Teruel*; el primero se cree Jorge Sullivan realmente, y al hacer el elogio de su profesion por la que tiene entusiasmo, lleva la ficcion hasta un punto en que deja de serlo.

Pero el actor de sentimiento y de pasion tiene un grave inconveniente, un escollo que suele perjudicarle frecuentemente: la desigualdad. Las pasiones no siempre nos agitan con la misma vehemencia, el sentimiento no siempre conmueve del mismo modo nuestro corazon. El día en que, permítasenos la frase, están *para él*, hacen prodigios. Su talento arrastra y conmueve la concurrencia y los bravos y las palmadas del público entusiasmado, añaden nuevos combustibles á la llama de su inspiracion. Semejantes momentos son magníficos y es difícil entonces no dejarse arrebatar por el entusiasmo para esclamar «no se puede pedir mas.»

Y si se puede. Id al teatro una noche en que la entrada sea escasa, en que el actor haya sufrido una contrariedad de familia, en que no tenga humor de trabajar, y la representacion se resentirá del mal humor del artista, y los espectadores sufriremos las consecuencias de la desazon que pertenece á la vida privada. El actor estará frio y si le habeis visto alguna otra vez mas afortunado, creereis que no es el mismo.

Sin salir de *Sullivan* podemos asegurar que en las muchas veces que hemos visto esta produccion, en que tanto luce el Sr. Romea, no la ha hecho dos veces del mismo modo. Y es que cada noche era diverso en intensidad el sentimiento que le inspiraba.

Ahora bien; Arjona ha hecho *El Avaro* con la misma precision, con la misma exactitud, con los mismos ademanes que lo hizo tres años há. Y por qué? Porque Arjona nunca se cree verdadero avaro y representa su papel sin poseerse de él.

Esta noche se pondrá en escena en el Circo *La locura de amor*. En lugar de Arjona hará Romea el papel de D. Felipe el Hermoso. Ya en la otra vez que se hizo esta produccion tuvimos ocasion de observar que si Arjona hizo mal este papel, que no es de su cuerda, Romea no lo hizo bien.

Triste suerte la de D. Felipe el Hermoso, verse representado por dos feos!

Dícese tambien que veremos pronto en este teatro á beneficio de la señora Campos, la tragedia *Virginia* del Sr. Tamayo. Parece que el señor Romea tomará parte en su desempeño.

Anoche asistimos al estreno de *El Planeta Venus*, entretenida zarzuela cómico-fantástica, puesta en escena con extraordinario lujo. Damos la enhorabuena á la empresa del teatro de Jovellanos por esta nueva producción de que nos ocuparemos detenidamente en nuestras primeras revistas.

La música, como no podíamos menos de esperar del Sr. Arrieta, es enteramente distinta de la que por lo comun nos hacen oír en este teatro.

Creemos que *El Planeta Venus* dará muy buenas entradas al teatro de la Zarzuela.

GERMAN GINEL.

COSICOSAS.

En una cena que se había prolongado bastante, se preguntó á uno de los concurrentes, qué hora era.

El interpelado sacó su reloj, y al ver que eran mas de las doce exclamó:

—Vamos, señores, que ya es mañana.

Al hacer un escribano un inventario, describía así la tapicería: «*Item*, una tapicería con personajes de bestias.»

Y al encontrar mas adelante un libro en hebreo, añadió:

«Mas, un libro que principia por el fin.»

Un gran señor reprendía á sus criados, porque habia un gran monton de estiercol en el patio.

—Señor, respondió uno, no hemos hallado carros para sacarlo.

—Haber hecho un hoyo, añadió el amo, y haberlo enterrado en él.

—¿Y la tierra del hoyo, dónde la echariamos, repuso el criado.

—Haced el hoyo grande que quepa lo uno y lo otro.

—Mira por la ventana á ver si viene el día.

—Señor, no veo el día, contestó el criado cerrando la ventana.

—Animal, repuso el amo, lleva esa bujía á ver si le ves.

Una viuda que veía el entierro de su marido, exclamaba: ¡Cuánto se alegraría el difunto si le viera, él á quien le gustaban tanto estas funciones!

El conde de... decía á la marquesa de... «vengo de comer con un poeta, que nos ha dado á los postres un excelente epigrama.»

No bien se retiró el conde, la marquesa hizo llamar á su cocinero y le dijo: «¿En qué consiste que todavía no me habeis servido epigramas? Retiraos, y sabed que mi mesa vale tanto como la de un poeta.»

Entre las muchas y graciosas equivocaciones que los actores han tenido en la escena, pocas habrá mas notables que esta:

Un galán.—Ya está el Douque satisfoche

Don Guillon de esta prisen.

Otro galán.—Ya han confesido

Que ellos han sado

Los que han robido.

En otra ocasion, viendo una dama que el galán la encerraba en la escena y se llevaba la llave, exclamó furiosa:

—¡Ah tirano! ha cerrado la llave y se ha metido la puerta en el bolsillo!

Estaba un médico cazando y un amigo que le acompañaba se acercó diciéndole:

—Vea V. allí una liebre encamada, déme V. la escopeta y yo le tiraré antes que se levante.

—No es necesario, contestó el doctor, si está en cama y soy yo quien va á verla, no se levantará.

ANUNCIO.

Pastillas para la tos,
del doctor D. Pedro Recio,
á mas de pagar su precio
hay que encomendarse á Dios.

CHARADAS.

Estando en mi segunda
Tomando el fresco,
Me acerqué á mi primera
Dándole un beso.
¡La quiero tanto!
Y de mi todo, hermosa,
Le formé un ramo.

II.

Mi primera lo eres tú,
Mi segunda bebo yo,
Y el todo de la charada
Nos lo comemos los dos.

GEROGLÍFICO.



Solucion de los acertijos insertos en la funcion anterior.

1.—Sombra.

2.—Salchichon.

Solucion de la Charada.

Soldado.

Por todo lo que vá sin firma, JUSTO DEL BARRIO.

Editor.—D. JOSÉ E. RIVERO.

Madrid 1858.—Imprenta de Julian Peña.—Lope de Vega 26.

EL SAINETE

periódico impolítico

Sale cuatro veces al mes. Cada número consta de ocho páginas de excelente papel y esmerada impresión.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid, por un mes 4 rs.
En provincias, por tres meses 16
En el extranjero y Ultramar, por un semestre 40

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en la Administración, librería de D. Leocadio Lopez, Cármen 29; Duran, Victoria 3; Cuesta, Mayor 2; Publicidad, Pasaje de Matheu.

En provincias, remitiendo el importe en libranzas sobre el Giro mútuo de Correos, ó en sellos de franqueo, y por medio de nuestros comisionados cuya lista insertamos.

Alicante	D. José Marcili.
Alcoy	D. Antonio Paya é hijos.
Albacete	D. Ramon Sebastian Perez.
Almería	D. Mariano Alvarez.
Antequera	D. Manuel Ortiz Tallante.
Avila	D. Francisco Gayoso.
Alcalá la Real	D. Bernardo Sanchez Molina.
Andújar	D. Manuel María Serrano.
Badajoz	Viuda de Carrillo y Sobrino.
Barcelona	D. Salvador Manero.
Búrgos	D. Saturnino Gomez.
Bilbao	D. Tiburcio Astuy.
Cáceres	Sres. Concha y Compañía.
Cádiz	D. Juan José Gonzalez.
Ceuta	D. Francisco Cortao.
Castellon de la Plana	D. Pedro Gutierrez Otero.
Ciudad-Real	D. Victoriano Malaguilla.
Córdoba	D. Bernardo Lopez Latorre.
Coruña	D. Enrique Perez.
Cuenca	D. Pedro Mariana.
Cartagena	D. Liberato Montells.
Calatayud	D. Francisco Molina y Franco.
Ferrol	D. Nicasio Tajonera.

Gerona	D. Joaquin Francisco Palahi.
Granada	D. Manuel Garrido.
Guadalajara	D. Severiano March.
Huelva	D. Nicolás Dominguez.
Huesca	D. Jacobo María Perez.
Jerez de la Frontera	Sres. Puigener y Jordó.
Jaen	D. Antonio A. Ortiz.
Logroño	D. Domingo Ruiz.
Lugo	Viuda de Pujol.
Málaga	D. Francisco Moya.
Múrcia	D. Francisco Diaz.
Mahon	Adminstr. del Eco de Menorca.
Orense	D. José Ramon Perez.
Oviedo	D. Rafael Cornelio Fernandez.
Pamplona	D. Regino Bescansa.
Palencia	D. Elias Heredia.
Palma de Mallorca	D. Francisco Jimenez.
Pontevedra	Sres. Antunez y Pazos.
Santiago	Sres. Sanchez y Rua.
San Sebastian	D. Pio Baroja.
Salamanca	D. Cayetano de la Bárcena.
Santander	D. Severiano Diaz.
Sevilla	Hijos de Fé y Compañía.
Segovia	D. Eugenio Alejandro.
Soria	D. Francisco de Ri-ja.
Tarragona	D. Antonio Puigubri y Canals.
Teruel	D. Vicente Mallen.
Toledo	D. Severiano Lopez Tando.
Vitoria	D. Bernardino Robles.
Valencia	D. Manuel Carboneres.
Vigo	Administracion del Miño.
Valladolid	Sres. hijos de Rodriguez.
Isla de San Fernando	D. Rafael Martinez.
Zaragoza	D. Tomás Aguirre.
Zamora	D. Manuel Conde.
París	Libr. Española, rue Provence, 12.
Londres	Doctor Holloway, Strand, 244.
Habana	Sres. Charlain y Fernandez.

REMEDIO UNIVERSAL!!! UNGÜENTO HOLLOWAY.

Privilegiado por casi todos los gobiernos de Europa. Recomendado por los facultativos mas célebres de la época. Conocido con unanime aceptación en todos los países del mundo y mas particularmente en España.

Diez y seis autorizaciones y privilegios especiales dispensados por otros tantos gobiernos, al ungüento Holloway atestiguan hasta la evidencia su eficacia curativa.

La mayor parte de los hospitales, tanto militares como civiles, hacen de él un consumo inmenso, porque los facultativos han llegado á convencerse de que particularmente para las enfermedades externas es imposible encontrar un remedio, ni mas general en su aplicacion, ni mas pronto en su modo de obrar, ni mas seguro en sus resultados.

El profesor Holloway inspecciona personalmente la elaboracion de sus medicamentos.

Los precios de venta al por menor en España son:

Cada bote de ungüento conteniendo una onza	7 rs.
conteniendo tres onzas	18
conteniendo seis onzas	28

Cada bote va acompañado de una instruccion en castellano, que explica la manera de usar este remedio.

Este ungüento se vende en los establecimientos del profesor Holloway, Londres, Strand, 244, y New-York, Maiden, Lane, 80.

Los depósitos principales para la venta son:

En Madrid, Exposicion Estrangera, calle Mayor, núm. 10; señor Ulzurrun, calle de Barrio-Nuevo, núm. 11; y Sres. Borrell, hermanos, calle Mayor, núm. 17.

OBRAS EN VENTA

EN LA

librería la Publicidad,

Pasaje de Matheu,

calles de Espoz y Mina, y de la Victoria.

— Biblioteca de escribanos, arreglada á la ley de enjuiciamiento civil; 2 tomos 4.º rústica, 52 rs.

— Elementos de derecho administrativo, 3 tom. 8.º rús. 52 rs.

Vizmanos y Alvarez: Comentarios al código penal; 2 tomos 4.º rústica. 40 rs.

Oriol y Bernadet: Tratado elemental completo de dibujo lineal con aplicacion á las artes; 1 tomo con láminas, 36 rs.

Atlas, en folio mayor apaisado, rústica, papel del mismo, 36 rs.

Matemáticas de Vallin; 2 tomos 4.º rústica, 54 rs.

Historia natural, por Galdo, tercera edicion, 4.º rús. 33 rs.

Curso de psicología y lógica por Monlau y Rey; 1 tomo 8.º rústica, tercera edicion, 24 rs.

Elementos de Etica, ó tratado de filosofía moral, segunda edicion, 1 tomo 8.º rústica, 12 rs.

Tratado de geografia física, histórica y astronómica antigua y moderna, por Palacios y Rodriguez; 1 tomo 8.º rústica, 24 rs.

Historia universal, profana y particular de España por Castro; cuarta edicion, 8.º rústica. 46 rs.

Obras de Breton de los Herreros; 5 tomos 4.º mayor rús. 200 rs.